

acantonadas en Maguncia, á saber, la IV y XII, llamadas respectivamente también Macedónica y Primigenia, habían hecho todo lo contrario, es decir, habían roto las estatuas de Galba y jurado fidelidad al Senado y al pueblo. Vitelio comunicó esta novedad á sus fuerzas y al día siguiente se le presentó ya en Colonia á la cabeza de la caballería de la legión I, llamada Germánica, Fabio Valente, que había agitado á las tropas mas que nadie para provocar una guerra civil, y le saludó como emperador. El resto del ejército del Rhin siguió este ejemplo, y el 3 de enero pusieronse bajo sus órdenes las legiones IV y XXII. Vitelio adoptó como emperador el nombre de Germánico y sin pérdida de tiempo preparóse con grandísima actividad á la guerra, llamando á su auxilio á los ubios, treverios y lingones. En pocos días todo el ejército del Rhin, que tenía por base siete legiones, estuvo en pleno movimiento.

Tan pronto como recibió Galba la primera noticia de la rebelion de las legiones estacionadas en Maguncia, tomó la resolucíon de robustecer su posicíon con la adopcióon de un hombre bastante jóven, vigoroso y apto para auxiliarle en calidad de co-emperador. M. Salvio Oton, compañero de placeres de Neron cuando jóven, y que despues habia sabido distinguirse como gobernador general de Lusitania, en cuya calidad apoyó con todas sus fuerzas el pronunciamiento de Galba, creyó que obtendría por sus méritos esta distincíon. Vinio, sus amigos y otras personas de gran posicíon apoyaron su candidatura, pero sus esfuerzos nada consiguieron. Galba se decidió por un hombre de treinta años que valia mucho mas que Oton, á saber, Pison Liciniano, que descendía del gran Pompeyo y del triunviro Craso, y que desterrado por Neron, habia vuelto á ser llamado por el mismo emperador. Su energía de carácter era tan grande como intachable su conducta.

En 10 de enero de 69 presentó Galba á este su hijo adoptivo á la guardia pretoriana para conseguir con su aprobacíon su apoyo para la nueva situacíon que creaba; pero su rigidez militar y su espíritu de economía impidieron que accediera á las instancias de los jefes que le pedían hiciese siquiera á los soldados un insignificante regalo; y el resultado fué que en lugar de aclamar al emperador y á su nuevo colega, quedaron mudos con ademan adusto.

El Senado, en cambio, recibió al emperador y á su hijo adoptivo con gran benevolencia.

Oton estaba furioso, no solamente por ver burladas su esperanza y ambicíon, sino porque estaba tan lleno de deudas y tan acostumbrado á derrochar, que se consideraba perdido si no conseguía la dignidad imperial. Querido de las masas como antiguo compañero de Neron, y de los soldados por su afabilidad y liberalidad, poco le costó entonces, en vista del ejemplo de las legiones del Rhin, organizar entre las tropas de la capital una conspiracíon contra el emperador. Galba no tenía ya en Roma las legiones de confianza que habia llevado de España; la una estaba en camino para la península ibérica, y la otra á las órdenes de Antonio Primo se dirigía á Panonia. Las demás fuerzas, fuera de la guardia pretoriana y de la guarnicíon, que Neron habia concentrado junto al Tíber en el postrer tiempo de su reinado, á saber, secciones del Rhin y de Iliria, así como los soldados de marina, y la legión que Galba habia formado también de marinos, no podían inspirar ninguna confianza al emperador. La guardia pretoriana estaba entusiasmada por Oton y ninguna influencia tenía sobre ella su general Cornelio Laco, nombrado por Galba.

Estando las cosas así, una turba de soldados fué, segun estaba convenido, á buscar á Oton en 15 de enero de 69, y le condujo al castillo, donde el grueso de los pretorianos y

de la legión de marina le aclamó como emperador, y en seguida se dirigieron los sublevados en busca de Galba, que á la sazón en compañía de su ahijado Pison, rodeados de caballeros y senadores y de una multitud del pueblo, y escoltados por la cohorte de guardia del palacio, acababa de ofrecer un sacrificio en el templo de Apolo en el Palatino, y desde allí, enterado de lo que pasaba en el castillo, habia bajado al Foro para sofocar, si posible era, la rebelion. Los sublevados se presentaron allí mismo, armados para el combate. Entonces la caballería de la guardia dispersó al pueblo; la cohorte que acompañaba al emperador se pasó al partido de Oton; Galba fué arrojado de su litera y acuchillado; Pison que habia corrido á refugiarse en el templo de Vesta, fué degollado á la puerta del mismo templo, y Vinio también pereció en el tumulto. A esto se limitó por entonces la revuelta; Oton, vencedor, fué reconocido por el Senado sin resistencia como emperador.

Oton era descendiente de una familia principal etrusca de Ferentino. Su abuelo, caballero de nacimiento, habia sido promovido á senador por intercesíon de Augusta Livia; su padre Lucio habia hecho una carrera brillante en los reinados de Tiberio y Claudio, habiendo sido agraciado por este último con el patriciado, y Oton habia nacido en el año 32; de suerte que tenía 37 años cuando empezó su efímero reinado.

Era muy natural que las personas inteligentes no esperasen muchas felicidades de un hombre que tan vilmente se habia encaramado al poder, y él mismo hubo de convencerse muy luego de que era mas fácil asesinar alevosamente y por sorpresa á un emperador anciano, que ser emperador. El pueblo, ávido de espectáculos fastuosos y de días alegres, creía que la suerte le habia deparado en la persona de Oton otro Neron inventor de fiestas, pero las personas que tenían que perder no podían menos de experimentar grave temor al ver dueño del poder á un hombre que en su juventud habia sido compañero y maestro de Neron en todas sus locuras y vicios, y que si bien se habia mostrado despues en Lusitania funcionario hábil y formal, parecia haber recaído súbitamente en su vida primera. Sin embargo, ni estos presagios siniestros ni los alegres del pueblo bajo se cumplieron; con admiracíon de todos aplicóse Oton seriamente al cumplimiento de sus nuevos deberes y se mostró benigno, prudente y sobrio. No cometió ningun acto vengativo; tuvo las consideraciones debidas al Senado, y se esforzó por atraerse á las personas de mérito y de talento. Reintegró á Flavio Sabino, hermano del influyente general Vespasiano, en su cargo de prefecto de policia; admitió á Mario Celso, uno de los amigos mas capaces de Galba, entre sus consejeros íntimos; y para mayor satisfaccíon de todos los partidos, decidió la muerte del infame y criminal Tigelino, que eludió la ejecucíon, suicidándose en los baños de Sinuesa.

Lo que no consiguió Oton fué restablecer en su antiguo brillo la disciplina militar, defecto debido en gran parte al contagio y á las intrigas de Vitelio, y que fué un gran obstáculo para las operaciones militares que Oton se vió luego obligado á emprender. La guardia pretoriana que idolatraba á Oton, no por esto habia dejado de conocer su propio poder, y aprovechándose de él, arrancó al emperador el derecho de elegir y nombrar sus propios jefes, y se permitió escandalosas libertades, principalmente contra las personas y haciendas de las altas clases que creía adversarias de Oton.

Este se convenció muy pronto de que para sostenerse en el poder era inevitable una sangrienta y larga guerra, no obstante haberle reconocido las legiones estacionadas en las provincias danubianas, los poderosos gobernadores generales en el Este, Muciano y Vespasiano, y toda el Africa desde

el Nilo hasta el Océano Atlántico. La espina clavada en su carne era el ejército del Rhin, y todos sus esfuerzos para entenderse con Vitelio ó conjurar el peligro por aquel lado fueron completamente inútiles. El ejército del Rhin, que habia descubierto y publicado el secreto de que la proclamacíon de un nuevo emperador no era forzosamente un privilegio exclusivo ni de la capital del imperio ni tampoco de la guardia pretoriana, sino que podia ser ejercido igualmente por las tropas del ejército regular hasta en los confines del imperio, no quiso renunciar á la ventaja de una guerra civil; pero por otra parte la guardia pretoriana en Roma no tenía interés en dar oídos á los agentes de Vitelio y abandonar á su emperador. Así se encontraba el imperio á la merced de dos corrientes militares contrarias para ser finalmente presa de nuevas guerras civiles, tan terribles ó poco menos que aquellas que causaron la ruina de la república.

Nada habia omitido Oton para evitar, ó por lo menos disminuir el conflicto. Para halagar al ejército del Rhin habia concedido á Virginio Rufo la dignidad consular, porque si antes la duracíon de esta dignidad no pasaba de un año, en el reinado de Augusto, para hacer partícipes de este honor á mayor número de ambiciosos, se habia introducido la costumbre de hacerla durar menos, á veces solamente dos meses, como habia sucedido con Rufo, que ocupó este puesto en los meses de mayo y junio. Para impedir que los lingones se pasasen á Vitelio les concedió la ciudadanía romana; pero á pesar de todas estas concesiones se persuadió de que solo podían salvarle vastos y enérgicos armamentos.

Cada correo de la Galia le llevaba la noticia de nuevas defecciones, como la del ejército de Inglaterra que se declaró por Vitelio y puso á su disposicíon 8,000 legionarios para cuando quisiera emprender su marcha á Roma. Vitelio en efecto la emprendió cuando tuvo completados todos sus armamentos y preparativos, dejando en su ausencia el mando á Hordeonio Flaco con algunas secciones que sirvieran de cuadros para la rápida formacíon de nuevas legiones destinadas á guardar y defender aquellas fronteras. Vitelio dividió las fuerzas destinadas á la conquista del imperio en tres ejércitos. El uno á las órdenes del general Fabio Valente, cuya ambicíon y cuyo descontento de la mezquina recompensa de Galba le habian arrojado en la senda de la rebelion, se componía de 40,000 hombres entre tropas auxiliares y de línea que formaban la base, especialmente la legión V. Este ejército debia dirigirse á Italia por Lyon. El segundo ejército, cuyo núcleo formaba la legión XXI, estaba también mandado por un antiguo partidario de Galba, el legado Alieno Cecina, que por defraudacíon habia caído en desgracia, y se habia librado del castigo solo por las circunstancias políticas que sobrevinieron. Este ejército debia tomar su camino por la Helvecia. El ejército principal, reforzado con tropas auxiliares prontadas por las tribus germánicas que estaban bajo la proteccíon del imperio, iba mandado por Vitelio en persona y seguía también el camino de Lyon.

Esta empresa tuvo una resonancia inmensa; toda la Galia romana y el ejército de España siguieron el impulso dado por los jefes de Maguncia y de Colonia. Estas tropas, acostumbradas á los eternos combates con los salvajes vecinos, ya germánicos ya eslavos, que nada respetaban ni escarmataban, aunque los soldados romanos los mataban como fieras, se derramaron entonces por las mismas provincias romanas, cuyas habitantes, y finalmente también los de la capital, hubieron de sufrir muchísimo en sus vidas y haciendas, y hasta las mismas legiones se destrozaron á veces mutuamente por cuestiones fútiles. Valente y Cecina eran militares excelentes, pero sin honra ni vergüenza, y daban á sus soldados el peor ejemplo con su rapacidad desenfrenada

y sus instintos sanguinarios, que les hacían inventar enemigos donde no los habia, con lo cual puede juzgarse lo que debían padecer los pueblos de la Galia y la Helvecia que hallaron á su paso. Cecina, marchando en direccíon del Monte de San Bernardo, llegó pronto á las manos con las tribus montañosas helvéticas, que ignoraban todavía la muerte de Galba. En Avenches (Aventicum), al Este del lago de Neufchatel, en la carretera de Augusta Rauricorum á Augusta Prætoria, solo abrió el pueblo las puertas de la ciudad cuando Cecina amenazó con arrasarla y matar á todos los habitantes, pero el jefe helvético Julio Alpínulo fué ejecutado, y gran número de prisioneros fué enviado á Vitelio, el cual al fin perdonó al pueblo helvecio despues de despojarlo de muchos de sus privilegios. En la Galia empezaron las matanzas entre las tropas de Valente y la poblacíon infeliz de Metz. Cuando Vitelio supo la muerte de Galba hallábase en la cuenca alta del Mosela, y entonces dirigióse con sus fuerzas á toda prisá á Lyon sin perder tiempo en el camino, porque los eduos, cuyo país atravesó y que habian tomado en su tiempo el partido de Vindex, le agasajaron é hicieron grandes sacrificios para que los dejara en paz. En Lyon se le unió la legión primera ó Itálica, allí estacionada desde los sucesos acaecidos á la muerte de Neron. La poblacíon de Lyon, enteramente romana ó del todo romanizada, excitó al ejército pronunciado á castigar á la ciudad vecina de Vienne por haber tomado una parte principal en la sublevacíon celta de Vindex. Esta ciudad se salvó de su completa ruina aceptando las humillaciones mas bárbaras y pagando grandísimas sumas á Valente, que repartió una parte entre sus soldados. Continuando las extorsiones y saqueos, pasó el ejército por los territorios de los alobroges y voconcios, siguiendo las cuencas del Drome y del Durance; atravesó los Alpes por el Monte Cenis ó el Ginebra, y en el mes de marzo del año 69 las huestes mandadas por Cecina, que habia llegado el primero, y las de Valente se hallaban en territorio italiano, en el extremo Noroeste. Ambos comprendieron que desde allí hasta Roma no consistiría todo en matar y saquear, sino que habria que luchar seriamente, porque Oton en sus disposiciones de resistencia daba pruebas de discrecíon y energía. Ya que no habia tenido fuerzas suficientes para defender los pasos de los Alpes, mandó á su escuadra recorrer las costas de la Galia, y haciendo desembarcos, acompañados de los saqueos entonces de costumbre, á falta de país enemigo en el amigo y propio, es decir, en las poblaciones marítimas italianas y ligurias, lograron los marinos derrotar en la costa narbonense á las milicias y á una partida de tropa que Valente habia enviado á la ciudad de *Forum Julii* á instancias de los habitantes. En general no produjeron estas operaciones el efecto deseado, á saber: el de molestar y distraer al enemigo á retaguardia, y de todos modos debia decidirse la contienda en el Norte de Italia, en el país regado por el Po, con su suelo feracísimo y sus muchas y opulentas ciudades. Allí donde se han resuelto todas las grandes luchas por la posesion de Italia, era menester hacer todos los esfuerzos posibles para detener y derrotar al enemigo. Oton en las circunstancias en que se hallaba, no podia hacer mas que sostenerse á la defensiva en la línea del Po hasta completar sus armamentos con la llegada de las legiones de la cuenca del Danubio, que eran las únicas que podían luchar con las del Rhin. Las fuerzas de que disponía en Roma eran las que hemos enumerado á la muerte de Galba, á las cuales añadió un cuerpo de 2,000 gladiadores para el servicio de campaña; pero por grande que fuese el entusiasmo que todas estas fuerzas sintiesen por Oton, nada podían hacer sin el apoyo de las legiones que entonces en número de siete se hallaban acantonadas en los países danu-

bianos, á saber: la XI y XIV en la Dalmacia, la XIII y VII (Galbiana) en Panonia, y la III, VIII y VII (Claudia) en Mesia. Interin recibiesen y cumpliesen la órden de pasar á Italia, puso Oton las fuerzas romanas á toda prisa en campaña para salvar la línea del Po.

Respecto de la familia de Vitelio, que vivía en Roma, condujose Oton con tanta nobleza que el público creyó que esta conducta ocultaba una segunda intencion. No fué menor la sorpresa que este emperador dió á los romanos con la rapidez, energía, actividad y resistencia á todas las fatigas personales de la campaña que desplegó, y que nadie había esperado de él como nadie había esperado su sacrificio final. Por otra parte manifestóse en esta corta lucha la descon-



Oton (Roma, Vaticano)

fianza que entonces emponzoñaba la política y la vida pública, porque el emperador se llevó consigo la autoridad municipal y los cónsules de Roma para que no favoreciesen en su ausencia y á sus espaldas una nueva revolucion. Finalmente, evidencióse en la misma campaña la espantosa desmoralizacion que se había introducido en el ejército, porque si bien las tropas de cada uno de los dos pretendientes permanecieron fieles á su causa, dieron frecuentes muestras de insubordinacion, generalmente por la falta de confianza en sus jefes. La tropa atribuía todo descalabro á traicion de sus superiores, mientras estos tampoco podían tener confianza en sus subordinados. Así el veterano y eminente general Suetonio Paulino, que tantos laureles había recogido en Inglaterra, no cesaba de aconsejar la mayor prudencia á Oton por la escasa confianza que le merecian las tropas italianas. A todos estos males añádase en el campamento de Oton la envidia que reinaba entre los demás jefes, Mario Celso, Anio Galo y Licinio Próculo, que gozaban de la privanza especial del emperador, el cual careciendo de la pericia necesaria para dirigir las operaciones, hubo de confiar el mando en jefe á su hermano Ticiano, á quien á este fin llamó de Roma, para evitar así los celos y el descontento de los demás generales.

Abrió Oton las operaciones, enviando á toda prisa al Po

á Anio Galo y Vestricio Espurina con una parte de las tropas de la guarnicion de Roma; á Galo al curso inferior, para ponerse en contacto con cuatro legiones llamadas de Dalmacia y Panonia que iban acercándose, y á Espurina al curso medio donde estableció su centro en la antigua plaza fuerte de Placencia, porque las fuerzas de Cecina llegaban ya hasta el Adda al otro lado del Po, y sus soldados veteranos, que miraban á las fuerzas de la capital con sumo desprecio, le instaban impacientes á que las condujera al ataque. Sus bátavos fueron los primeros que pasaron al Po; pero el precipitado ataque que aquellos guerreros jactanciosos dieron á las fortificaciones de Placencia fué tan enérgicamente rechazado, que el ejército de Cecina tuvo que repasar el río y establecerse en Cremona para aguardar la llegada de las fuerzas de Valente, que había quedado detenido para guarnecer varios puntos fuertes en la provincia Narbonense y para sofocar una formidable sublevacion á orillas del Tesino. Aprovechando esta situacion, Espurina hizo pasar sus gladiadores mandados por Marcio Macer al otro lado del Po para dar una sorpresa á los contingentes auxiliares de Cecina que efectivamente sufrieron una derrota terrible. Acercábase entre tanto al auxilio de su colega Anio Galo con refuerzos; pero sabiendo que el peligro había pasado, fortificóse en Bedriacum, plaza situada entre Cremona y Verona, donde luego se concentraron las demás tropas que fueron llegando de Roma conducidas por Suetonio y Celso, y seguidas de Oton, que el 24 de marzo salió de la capital. Allí parece que llegaron tambien entonces las legiones que se esperaban de Dalmacia y de Panonia. Quiso Cecina probar otra vez fortuna y atraer á las fuerzas de Oton reunidas en Bedriacum á una celada cerca de Cremona, pero habiendo sido descubierto el plan á Paulino y Celso, supieron aprovecharlo tan bien, que resultó para Cecina un descalabro que luego provocó un motin feroz en su campamento. En esto llegó Valente con sus fuerzas, y entonces estalló entre ambos caudillos una enemistad violenta por la envidia y los celos que se tenían.

La situacion era, pues, muy favorable á Oton, y su general Paulino aconsejaba con razon retardar la batalla decisiva hasta la llegada de las legiones llamadas de la Mesia, porque entre tanto habían de escasear además en el campamento de Vitelio los víveres, con lo cual era casi segura la victoria. Pero Oton, lo mismo que sus soldados, estaban enardecidos y querían dar inmediatamente el ataque general, opinion que apoyaban tambien Próculo y Ticiano contra el consejo de Paulino y Celso. Oton cometió la falta, si bien por consejo de sus generales, de no tomar parte en la batalla que había de ser decisiva, y se retiró en su consecuencia con una fuerte escolta á Brescello (Brixillum), en la orilla derecha del Po. No tardó en presentarse la ocasion de librar la batalla con la tentativa de los generales de Vitelio de pasar el Po mas abajo de Cremona por un puente de campaña con objeto de dejar atrás al ejército de Oton y llegar á la capital á marchas forzadas. El ejército de Oton, conociendo la intencion, se lanzó contra el enemigo para oponerse á su marcha y le encontró tan pronto y tan prevenido, que no tuvo tiempo de formarse en batalla. Varios generales se portaron además muy mal, y solo Celso y Ticiano lucharon hasta el fin; de modo que todo el valor desesperado de los soldados de Oton no pudo salvar la jornada. A la mañana siguiente capitularon las tropas de Bedriacum.

La causa de Oton no por esto estaba perdida, porque además de los soldados escapados de la batalla y de la rendicion, le quedaban los de Placencia y Brescello, que pedían la continuacion de la lucha, y se tenía noticia de que las legiones de la Mesia habían llegado ya á Aquileya; pero el

emperador fué de otra opinion. Estaba hastiado porque se había convencido de su insuficiencia para sostener una lucha colosal por el dominio del imperio; la última batalla había despertado sus buenos instintos; determinó dar á su patria la paz en cuanto de él dependía, y ejecutó este pensamiento suicidándose el 16 de abril del año 69.

Al recibir el Senado la noticia de la batalla de Bedriacum y de la muerte de Oton, reconoció al instante á Vitelio por emperador y colmó de honores á las tropas del Rhin y á sus jefes. Sabino, el prefecto de policía, hizo jurar á la guarnicion fidelidad al nuevo emperador, y en Africa le reconoció la Mauritania. Vitelio se había puesto en marcha con su ejército, imponente atendidas las circunstancias, cuando los sucesos de Bedriacum. En Lyon encontró á sus dos generales Valente y Cecina que habían ido á recibirle, mientras sus soldados saqueaban la Italia del Norte. Tambien se le presentaron en la misma ciudad las eminencias del partido vencido, Paulino, Próculo, Ticiano y Celso, que fueron amnistiados; pero no tuvieron esta suerte un gran número de oficiales y jefes menores del ejército de Oton, que fueron sentenciados á muerte. En seguida dispuso el nuevo emperador la disolucion del ejército vencido; las legiones de la Mesia, de Dalmacia y de Panonia recibieron unas tras otras órden de regresar á sus acantonamientos anteriores, excepto la legion XIV, la mas discolá, que fué destinada á Inglaterra donde había estado en épocas pasadas. La guardia imperial fué licenciada despues de recibir los individuos una gratificacion, y la legion formada por Galba en España con soldados de marina recibió órden de pasar á aquel país.

En general no se mostró Vitelio ni cruel ni rapaz, sino moderado para con todos, en lo cual le imitó toda su familia; pero desgraciadamente para él y para el imperio no conoció moderacion en los placeres y lujo de la mesa, á cuyo defecto agregó una indiferencia y pasividad indolente respecto de los intereses mas elevados del imperio, de la conducta de las personas que le rodeaban, de la rapacidad de los jefes militares, de los excesos brutales de los soldados, de las reyertas terribles entre los diferentes cuerpos del ejército y de la relajacion notable de la disciplina. Así marchó su ejército, que contaba unos sesenta mil hombres, amén de un gran número de gente no armada, hácia la capital del imperio, cual terrible plaga para las comarcas desgraciadas que hubo de atravesar, y en la primera mitad del mes de julio del año 69 entró Vitelio en la capital del imperio á la cabeza de cuatro legiones, un número de legionarios sacados de otras legiones y suficientes para formar cuatro legiones mas, doce escuadrones de caballería y treinta y cuatro batallones de contingentes de tribus aliadas y protegidas, todos brillantemente armados.

En Roma ya, añadió Vitelio á su nombre el de Augusto. Procuró hacerse popular, se mostró en público, sobre todo en el Circo, donde al revés de otros emperadores tomó el partido de *los azules*; al Senado trató con mucha consideracion, y proporcionó al pueblo espectáculos; pero á pesar de todo esto no prosperó su reinado, porque su indolencia y glotonería lo echaron todo á perder, y se cuenta que en los pocos meses que duró gastó para su mesa nada menos que novecientos millones de sestercios (cerca de doscientos cuarenta y cinco millones de pesetas). Dejó principalmente los cuidados del gobierno á Valente y á Cecina, que ante todo procuraron llenar sus arcas y enriquecer á sus partidarios, mientras entre sí se hacían una guerra sorda. Así iban las cosas en lo civil como en lo militar; la disciplina decayó rápidamente, porque tanto los legionarios del Rhin como los contingentes celtas y los mas rudos germánicos se entregaron á su manera á los placeres con que les brindaba la

capital; los soldados se afeminaron, y los vicios, la intemperancia y el clima diezmaron las filas de los guerreros del Norte. Para recompensar á los legionarios del Rhin y formarse un ejército adicto, desorganizó Vitelio el sistema militar antiguo; además de licenciar á la guardia pretoriana despidió las cohortes que formaban la guarnicion de la capital. De las legiones del Rhin sacó los individuos para una nueva guardia imperial y para la nueva guarnicion de la capital; y la pretoriana, que había sido aumentada ya hasta doce cohortes por los emperadores Cayo y Claudio, recibió de Vitelio un aumento de cuatro cohortes mas. El resultado fué que para ambos cuerpos el emperador sacó unos veinte mil de los mejores soldados de las tropas de línea, sin que procurara con energía llenar los cuadros mermados con nuevos individuos á propósito, ni menos instruirlos. Pronto tocó las consecuencias de este descuido, porque mientras daba en su palacio opiparos banquetes estalló en el Bajo Rhin, desprovisto de fuerzas suficientes, una guerra formidable, y una revolucion militar dirigida contra su persona en la provincia Ilírica y en Siria.

Los gobernadores generales de las provincias mas orientales habían observado atentamente, pero con profundo y creciente disgusto, los sucesos cada vez mas confusos, mas ominosos y mas aflictivos que se habían desarrollado en el Oeste y el centro del imperio hasta la batalla de Bedriacum; pero por lo demás habíanse limitado á cumplir con sus deberes. No miraron los acontecimientos tan pasivamente sus legiones; y si no cundió en sus filas la indisciplina que cual funesta epidemia se iba extendiendo por todo el imperio, fué debido á la energía y buen tacto de Muciano y de Vespasiano, este último muy querido de sus tropas. Sin embargo, ni uno ni otro pudieron impedir el descontento que sembró en aquellas legiones aguerridas y brillantes, la ninguna participacion que se les había dado en las gratificaciones y otras ventajas que las tropas del Oeste y centro disfrutaban á cada cambio de gobierno. Al mismo tiempo no podían menos de hacer comparaciones entre su general Vespasiano y Oton y Vitelio, los cuales ni de léjos llegaban ni como hombres ni como gobernantes ni como militares á la altura del primero. Estas reflexiones condujeron forzosamente á otras mas peligrosas; á considerar las probabilidades de éxito y los recursos con que podían contar en caso de imitar á sus compañeros del Oeste, y á proclamar tambien emperador á su general. Esta contingencia ocupó poco á poco el ánimo de todos los políticos en el Oriente y hasta de muchos patriotas en Roma, que veían en Vespasiano, á pesar de su origen plebeyo, la salvacion del imperio que á tan triste situacion había llegado en el reinado de Vitelio. Todo esto lo sabía muy bien Vespasiano, y no ignoraba tampoco el espíritu de su ejército; pero modesto, prudente, previsor y anciano como era, no le sedujeron la ambicion, ni el brillo de la diadema imperial, ni mucho menos la perspectiva de una guerra dinástica; pero el mismo Muciano, gobernador general de Siria, superior en categoria y mando á Vespasiano, se esforzó por convencerle de la necesidad de pronunciarse contra el gloton y beodo Vitelio. La excitacion de Muciano tenía tanto mas peso cuanto que hasta entonces sus relaciones con Vespasiano habían sido tibias y hasta frias; solo la conviccion del talento superior de este último le había conducido á aproximarse á él, y contentarse en el caso de buen éxito, con el papel de consejero íntimo del nuevo emperador, cuyo hijo Tito tenía además encantado al gobernador de Siria con sus bellísimas cualidades. Tito, enviado por su padre á Roma al advenimiento de Galba para felicitarle y recibir sus órdenes, había sabido su triste muerte en Corinto, y en su consecuencia había regresado inmediatamente á su puesto en Palestina.